

SOBRE LA DESINTEGRACION DE LAS CULTURAS CLASICAS

JULIO CÉSAR OLIVÉ N.

y

BEATRIZ BARBA A.

Adhiriéndonos, por su utilidad científica, a la tendencia de sustituir las inexpresivas divisiones geográficas o geográfico-políticas, por las significativas de áreas culturales, Mesoamérica proporciona el contenido de este trabajo; lo limita espacialmente.

Entendemos por Mesoamérica, la superárea cultural, dentro de la zona de cultivadores americanos, en la que los pueblos se enlazan por una tradición común que los caracteriza como conjunto y cuyos elementos básicos son: (Kirchhoff, 1943).

Economía principalmente agrícola, basada en los cultivos primarios del maíz, el frijol y la calabaza.

Utilización del bastón plantador (coa) como instrumento agrícola.

Construcción de grandes basamentos ceremoniales para fines religiosos (pirámides escalonadas).

Predominio de una clase sacerdotal.

Guerreros.

Mercados especializados; mercaderes.

Práctica del juego de pelota —"tlachtli"—, con significado ritual.

Escritura jeroglífica y notaciones numéricas, anales y códices.

Calendario con años rituales de 260 días y civiles de 365, combinados dentro de ciclos de 52 años, con el 13 como número mágico.

Esos elementos no son todos; pero sí los principales y aunque algunos de ellos en realidad tan sólo pertenecen a las culturas clásicas, ello no impide que el concepto de área cultural, tal como lo hemos definido, sea válido para Mesoamérica antes y después del nivel clásico. Desde las fases iniciales de las primeras culturas cerámicas, se percibe una estrecha interrelación entre los distintos focos

culturales de Mesoamérica y aun cuando ocurran retracciones, expansiones y desplazamientos en el transcurso del tiempo, esa superárea conserva sus características como unidad de cultura, con desarrollos regionales individualizados, a partir de las primeras manifestaciones del Arcaico y hasta la Conquista.

Así, no obstante que el área de ocupación sea oscilante y móviles las fronteras de Mesoamérica, el fenómeno no tiene una importancia tan grande como para poner en peligro la validez de la clasificación.

De cualquier modo, estamos advertidos que no es posible fijar de manera absoluta límites geográficos a nuestra área, sino que el señalamiento de sus fronteras tiene valor circunscrito a las diferentes épocas de que se trata.

Por otra parte, los cambios en la línea de las fronteras son mucho más pronunciados en el norte. Este extremo tiene un carácter dinámico, por ocupar una región de choque cultural, en tanto que la frontera sur es más bien estática, comprendiendo una zona a la que se atribuye carácter relativamente marginal, lo cual quizá sea menos cierto a medida que se retrocede en el tiempo.

Si examinamos uno a uno y con todo rigor los elementos que nos han servido para definir Mesoamérica, sólo tres o cuatro son capaces de conservar la categoría de exclusivamente Mesoamericanos: El complejo agrícola maíz-frijol-calabaza aparece con frecuencia en el sur, adicionado a otros cultivos, principalmente yuca y papa; el bastón planteador fue conocido por los incas; la existencia de las castas sacerdotal y guerrera es un rasgo ampliamente difundido y lo mismo puede decirse de los mercaderes y de los mercados, ya que todas esas características se encuentran en algunas culturas superiores en Sudamérica. La erección de grandes basamentos monumentales, para los templos, es uno de los rasgos más genuinos de Mesoamérica; pero hay algún ejemplo de esa arquitectura en el sur (Larco Hoyle, 1945).

Sólo la escritura, el calendario y el "tlachtli", resisten este análisis, manteniendo su tipicidad mesoamericana, pues aun cuando Larco Hoyle (1944) afirma que los payares de la cultura Chimú constituyen una verdadera escritura, no ha probado satisfactoriamente su teoría, como tampoco se ha demostrado la existencia de un calendario en Sudamérica.

A este último respecto, consideramos poco creíble que pueblos de una técnica agrícola tan adelantada, como los incas, que además poseían verdaderos observatorios, hubiesen carecido de un sistema de cómputo del tiempo, bien elaborado. Sin embargo, debe tenerse presente que cuando decimos que el calendario es un rasgo cultural específico de Mesoamérica, nos estamos refiriendo a un determinado sistema cronológico y concretamente a la combinación de un primitivo calendario ritual y lunar, de 260 días, con otro más elaborado, civil y solar, de 365, que en la zona Maya y quizá también en el Centro de México, era corregido de acuerdo con la verdadera duración del año trópico (Nuttall).

La anterior crítica de los elementos culturales constitutivos del concepto "Mesoamérica", no ha tenido la finalidad de destruir ese concepto que hemos aceptado con elogios para su utilidad, sino simplemente, el de ponernos alertas contra la excesiva simplificación, así como el de llamar la atención sobre la conveniencia de perfeccionar las ideas de Kirchhoff, afinando la caracterización de

las civilizaciones producidas por los cultivadores superiores de Mesoamérica y de la región andina y ahondando en el problema de sus relaciones.

Siguiendo con Mesoamérica, encontramos que ésta, hacia la Conquista, estaba limitada, al norte, por una línea que viene desde Sinaloa y sigue por los ríos Lerma y Pánuco; en el sur, la frontera partía de la desembocadura del río Moctagua, seguía por el lago de Nicaragua y terminaba en el golfo de Nicoya.

En cuanto al tiempo, encontramos al hombre por primera vez en la región que luego ocupará Mesoamérica, desde el Horizonte Prehistórico en el que se desenvuelven las culturas de los primeros cazadores del mamut, revelados por los hallazgos de Tepechpan y Santa Isabel de Iztapan y por las industrias líticas de Chalco y San Juan.

Es muy dudoso que en este primitivo Horizonte ya pueda hablarse de Mesoamérica, porque no se encuentra ninguno de los elementos culturales que han servido con anterioridad para definir el área. Esto es natural, dado que tales elementos son propios de las sociedades sedentarias, en tanto que en esta época nos hallamos frente a cazadores nómadas.

Resulta imposible sostener, sobre la base de la evidencia disponible, que ya existiera, desde ese nivel prehistórico, unidad cultural en lo que más tarde sería Mesoamérica. Los pueblos que por entonces habitaban la región, todavía no habían adquirido una personalidad histórica común y tampoco es factible levantar una frontera cultural entre los cazadores de mamut, en el Valle de México, y sus congéneres de Norteamérica, estrechamente relacionados entre sí.

El Dr. Maldonado Köerdell, del grupo de prehistoriadores que está investigando este Horizonte, nos ha comunicado su impresión relativa a que quizá por aquel tiempo dio comienzo el proceso de diferenciación cultural entre Meso y Aridamérica, conclusión que pudiera desprenderse de la circunstancia de que los cazadores del Centro de México tenían la punta *scot bluff* apropiada para la cacería del mamut y nunca usaron la *folson*, utilizada por los cazadores del norte para herir a los bisontes.

Los cazadores que en México perseguían al mamut, pudieran ser los antecesores de los pueblos de las Culturas Medias; pero es más probable que éstos descendan de primitivos recolectores que aprendieron a cultivar en otros sitios. En el estado actual de las investigaciones no puede afirmarse con certeza una u otra cosa, siendo lo único positivo, que el límite temporal de Mesoamérica no puede correrse, por ahora, más allá del Horizonte Arcaico, cuando comienzan las culturas sedentarias.

Después del nivel prehistórico de los cazadores del mamut, sigue un vacío cultural que continúa siendo un enigma y luego nos encontramos frente a las elaboradas culturas cerámicas y agrícolas, llamadas medias, arcaicas o preclásicas, de sociedades complejas. En la etapa próxima se hallan las culturas clásicas, que han merecido se les califique como "civilizaciones" y cuyos orígenes, no esclarecidos suficientemente, las conectan casi con seguridad, con las sociedades arcaicas.

Estas brillantes civilizaciones clásicas, en las que maduran los valores creados por el hombre de las culturas medias, se extinguen, súbita y casi simultáneamente,

sin que ninguna de las explicaciones hasta ahora proporcionadas, convenza de manera total.

Para estar en condiciones de discutir con un poco más de conocimiento el problema del colapso de las altas civilizaciones Mesoamericanas, es conveniente referirse a su origen y características.

Se discute si los elementos de la civilización se difundieron del sur hacia el norte, del trópico hacia la altiplanicie o en la dirección opuesta.

Hasta hace poco, la mayoría participaba del primer criterio, apoyándose, sobre todo, en la circunstancia de que es en el sur y en la costa, en las regiones olmeca y maya, donde se encuentran los primeros indicios arqueológicos de las altas culturas.

Actualmente está variando la inclinación y parece preponderar el punto de vista de que el origen de la civilización, junto con el del cultivo del maíz, debe buscarse en los lugares altos, ya sea en México o en Guatemala, siendo la cultura Maya una adaptación de la cultura del maíz, al ambiente de la costa, después de que la técnica para el cultivo de ese grano había avanzado lo bastante como para permitir un desplazamiento hacia un medio distinto.

Spinden, el primero en sistematizar los conocimientos sobre las culturas mesoamericanas, piensa que la civilización se extendió desde las tierras altas hacia las tropicales, probablemente irradiando del Centro de México y que la agricultura creada en el altiplano, se adaptó luego a las condiciones de la floresta, logrado lo cual se estuvo en posibilidad de desenvolver la civilización del Viejo Imperio (Spinden 1915, 1924, 1930, 1943).

Lehmann es también partidario de la influencia de una cultura mexicana muy remota, sobre una incipiente cultura maya meridional (Lehmann, 1936-39).

Kidder y Thompson, en cierto sentido parecen estar de acuerdo en que las raíces de la civilización mesoamericana deben buscarse en tierras elevadas, sin descartar totalmente la posibilidad de una influencia lejana del sur (Kidder, 1940; Thompson, 1940).

Las excavaciones de Kaminaljuyú demuestran que la cultura de los altos de Guatemala es más compleja y rica que la del Petén, en el horizonte San José II-Uaxactún II y por lo tanto, sugieren que aquella tiene una mayor antigüedad. Las mismas excavaciones han puesto de relieve la indiscutible relación que existe entre el Arcaico mexicano y la cultura Miraflores, de cuyos horizontes surgieron, por un lado la civilización maya, del otro, la teotihuacana.

Siendo indudable que la escritura es una de las manifestaciones de la civilización, resulta que hacia principios de la Era Cristiana ya existen en el sur de Mesoamérica civilizaciones auténticas, pues encontramos los primeros indicios de la escritura en Monte Albán I y un calendario perfectamente elaborado en la Región Olmeca, a juzgar por la estela C de Tres Zapotes y la estatuilla de Tuxtla.

Hacia principios del siglo IV comienzan las manifestaciones persistentes de la cultura y del arte del llamado Viejo Imperio. Hacia la misma época empiezan a desenvolverse las civilizaciones teotihuacana y de Monte Albán IIIa. Pedro Armillas correlaciona las maya y teotihuacana, valiéndose del vaso cilíndrico, que aparece en Kaminaljuyú por 475 D. C. y en la Alta Verapaz y Tzakol, de Uaxac-

tún, en fechas que se colocan entre 435 y 534 D. C. y que al decir del mismo autor (Armillas, 1944), proyectadas hacia Teotihuacán III no debe ser posterior al siglo V.

Teotihuacán, desde la época II, es una gran ciudad, con extraordinaria planificación. Entonces o un poco antes, debieron haberse construido las pirámides del Sol y la Luna. Kidder (1946) considera que esta época se caracteriza por la elaboración de las artes y de los oficios, por la especialización regional, por el gran desarrollo de la arquitectura religiosa, con un rito ceremonial y por la existencia de condiciones económicas a tal punto favorables que permitieron la distracción de grandes cantidades de trabajo, en actividades no directamente productivas. Estos rasgos son comunes a toda la civilización clásica.

A juzgar por las ruinas de Tlamimilolpan y Xolalpan (Linné, 1942), Teotihuacán es un centro urbano de gran importancia, revelador de una sociedad compleja, muy estratificada y con más parecido a las ciudades modernas, que los centros mayas. Las habitaciones de la clase privilegiada son excelentes, construidas de adobe, estucadas y a veces decoradas con pinturas. Están dispuestas en grandes rectángulos.

En Teotihuacán ya se encuentra un panteón perfectamente formado, con dioses que personifican las fuerzas naturales, en un grado de abstracción y convencionalismo que corresponde a las religiones de las sociedades civilizadas y que desde luego ha rebasado las fases primitivas de la evolución religiosa.

La cultura teotihuacana influyó notablemente en todas las de su época, llevando su influencia hasta Guatemala.

Las llamadas ciudades mayas son en realidad, según lo explica Thompson (1936), centros ceremoniales —y no agrupamientos ciudadanos— residencia de los dioses y de los sacerdotes, a cuyo alrededor giraba una población campesina suburbana. No obstante esta peculiaridad, se hallan presentes los rasgos característicos del urbanismo: sociedad estratificada, clases sacerdotal y militar, artesanos especializados, industria suntuaria para una casta superior y, casi seguramente, el asentamiento territorial como base de la organización política, en lugar de los lazos personales de afiliación a la tribu.

Las figuras de las estelas y altares, las pinturas murales y las escenas de la cerámica, hablan de la existencia de una clase social que había alcanzado una vida de exagerado refinamiento, muy por encima de la gente del pueblo, o sea que estamos ante una economía muy dividida en lo que corresponde al destino de los bienes sociales y cuya base debe radicar en una diferenciación de la propiedad de los medios productivos.

La base agrícola —ya lo dijimos— fue el maíz; Spinden y Morley y con ellos muchos destacados arqueólogos, piensan que este cultivo, adaptado a las condiciones ambientales del altiplano y de la costa, dio el impulso motor de las sociedades arcaicas, transformándolas de bárbaras en civilizadas. Linton (1940) ha sugerido otra hipótesis, en el sentido de que el desarrollo de la civilización en Mesoamérica puede deberse a la adición de una fuente de proteínas (frijol o cacahuete) a la dieta basada en el maíz, que como se sabe es pobre en amino-ácidos.

El profesor Armillas (1952), atento a las investigaciones del finado Ola

Apenes, ha hecho notar la importancia del cultivo de chinampa como uno de los posibles factores que puedan explicar el origen de la civilización en el Valle de México.

Las monumentales construcciones religiosas del Petén, el Usumacinta y Teotihuacán, ponen de manifiesto la actividad de una casta sacerdotal tan poderosa que pudo organizar a la sociedad en función de sus propias finalidades. Anticipando ideas, diremos que quizá en esa hipertrofia de la superestructura religiosa se encuentra la clave de la caída vertical de las culturas clásicas.

Cuando principiaron a desenvolverse esas sociedades, seguramente que disfrutaron de condiciones económicas sumamente favorables, cualquiera que haya sido la fuente de la riqueza, haciéndose factible el empleo de inmensas cantidades de trabajo social en las actividades improductivas de las obras muertas del ceremonialismo. Pero al final, como no se siguió progresando en el campo tecnológico, esas cargas estériles debieron haber conducido a un estado de gran opresión y malestar social y por último, al estrangulamiento del sistema y con el de sus grandes urbes, asiento de una reducidísima minoría privilegiada.

En el área maya, en todo tiempo el campesino debe haber conservado su economía cerrada, de aldeas, produciendo por sí mismo los artículos necesarios para su subsistencia y vida social; pero los señores-sacerdotes y sus servidores de los templos-pirámides requerían de la actividad de gentes dedicadas en forma especializada a la producción de artículos suntuarios y utilitarios, gravitando todos sobre la gran masa campesina, que, al primer síntoma de debilidad del sistema, debe haberse sublevado.

El hecho cierto es que los grandes centros ceremoniales del Petén y del Usumacinta son abandonados uno tras otro, muriendo su actividad cultural por la misma época, aproximadamente, en que se apaga Teotihuacán y declina Monte Albán III A.

Sigue siendo un enigma ese súbito colapso y, quizá con exageración, frecuentemente se dice que la ruina de los centros clásicos significó que se extinguiese la civilización.

Es cierto que las culturas posteriores, de raíz nahua, no alcanzaron la magnificencia y esplendor cultural, ni la elaboración artística del Viejo Imperio y de Teotihuacán; pero por otra parte, los toltecas y sus descendientes culturales muestran el legado de las civilizaciones clásicas. Su economía, técnicas, religión, calendario y escritura son básicamente los mismos. Se atribuye este fenómeno a un proceso posterior, de aculturación; mas para que éste haya podido realizarse, es indispensable que hayan sobrevivido vigorosos focos culturales, que hubiesen podido influir en forma decisiva sobre los nuevos pobladores.

Hacia la época de la conquista española, la sociedad azteca estaba en plena expansión, después de haber unificado políticamente al Valle de México y de establecer su hegemonía hasta Chiapas y Guatemala y las costas del Golfo y de Guerrero. Los tarascos también estaban en pleno desarrollo y en el sur y en el occidente, sobre todo en este último, se estaba operando la transformación hacia el calcolítico. A juzgar por la historia de otras regiones —Mesopotamia, Egipto, la India, etc.—, es probable que de no haberse truncado la evolución de la socie-

dad indígena, se hubieran producido profundas mutaciones sociales y culturales, llegándose a superar la civilización clásica.

Esas reflexiones y la circunstancia probada, de que después del abandono de los centros ceremoniales, continuó la ocupación de los sitios circunvecinos, nos inducen a adoptar una posición cautelosa frente a la teoría de que el retroceso cultural que siguió al desplome de la civilización clásica, demuestre o sugiera catástrofes y un cambio de habitantes. Bien puede tratarse, como lo empiezan a sostener los arqueólogos, modificaciones en la estructura social por el juego de fuerzas internas, de una sublevación contra la clase dominante, que de momento finalizó con la alta cultura de la que ésta era única depositaria, con el consiguiente abandono de sus templos; pero sobreviviendo la base de la población, de tal suerte que ésta pudo asimilar a las nuevas corrientes migratorias de pueblos que, según la tradición nahua, procedían del noroeste.

Ninguna otra explicación satisface los más elementales requisitos que deben reunirse para considerarla aceptable.

El primero de estos requisitos es el de generalidad, ya que el fenómeno que se trata de explicar tiene esa misma característica. Siendo que la crisis tuvo lugar en toda Mesoamérica, el factor que la haya originado debe tener validez en el ámbito entero del área cultural y no referirse únicamente a circunstancias regionales. Teorías como el agotamiento de la tierra o la existencia de invasiones, epidemias, erupciones y otras calamidades semejantes, no pueden salvar ese obstáculo. No es creíble que la tierra se hubiese agotado, hacia la misma época, en condiciones ambientales tan diversas, como las que se registran en el Petén, en el Valle de Teotihuacán y en Monte Albán. Resulta igualmente inadmisible el que una plaga, una erupción, etc., hayan assolado, al mismo tiempo todos esos sitios.

Ya expusimos que empieza a aclararse que en las propias ciudades mayas, las gentes del pueblo continuaron habitando el lugar después de que cesaron las manifestaciones de alta cultura (Thompson, 1936), lo que hace pensar que el abandono sólo afectó a los centros ceremoniales y por lo tanto, que su causa no es un fenómeno que obligase a la emigración total.

Consideramos llegada la oportunidad de hacer una enumeración de las diversas teorías que se han emitido:

Decadencia nacional.—Su principal sostenedor es Spinden, quien pretende apoyarse en la exuberancia extraordinaria, que llega al barroquismo de las últimas etapas del arte maya, como sugiriendo que se estaba llegando al límite creador. En contrario, se aduce que no hay declinación estilística o técnica y que algunas ciudades fueron abandonadas en su apogeo artístico.

La teoría biológica de la inevitable vejez de la cultura, en un proceso de declinación espontánea, no es satisfactoria socialmente y en las sociedades estratificadas, la decadencia o la degeneración cultural de una clase, no es la de toda la sociedad. Por lo demás no hay datos concretos que sirvan de soporte a la teoría de la decadencia inevitable de la cultura clásica, por un proceso de envejecimiento.

Epidemias.—Casi todos los autores sólo se refieren a esta teoría para combatirla. Entre los que nosotros consultamos no hay quien la defienda. Se ha hecho notar que únicamente dos enfermedades podía haber provocado un fenómeno de esa importancia, la malaria y la fiebre amarilla (Gann y Thompson, 1931); pero que la primera, prevaleciente todavía en los lugares del Viejo Imperio, jamás ha motivado el abandono completo ni siquiera de una aldea y que la segunda, si acaso existía antes de la Conquista, no llegó a asolar el área maya. Menos puede aceptarse que esas enfermedades hubieren atacado a la población teotihuacana. No es necesario empeñarse en buscar argumentos encaminados específicamente a demostrar la existencia, inexistencia o mayor o menor peligrosidad de esas plagas, ya que, como lo tenemos manifestado, no es posible atribuir el eclipse de la cultura clásica a circunstancias locales, que en el caso de ser válidas en la selva, no lo serían en el altiplano.

Cambios climáticos.—Huntington se ha esforzado en aplicar concretamente a la civilización Maya, su teoría de que los cambios pulsatorios climáticos son los motores de la civilización (Huntington, 1917-19).

Sostiene ese autor que el clima está sujeto a cambios complejos, que influyen de diferentes maneras en distintos medios, como consecuencia de un desplazamiento de las zonas climáticas hacia y fuera del Ecuador, que provoca un desplazamiento de las zonas, subtropical de sequedad y tropical de lluvias. Por efecto de estos cambios, la región que ocuparon los mayas tendría una pronunciada estación seca en el invierno y un clima de variabilidad estimulante por la época de su apogeo.

A este propósito, hay que recordar que para Huntington el clima influye sobre la civilización, según la cantidad de nubosidad o tormentosidad que registre, estimulándose o frenándose las facultades creadoras al romperse, o no, la monotonía climática. Este fenómeno ha influido decisivamente en las alternancias de la civilización mundial, porque la zona de las tormentas ha tenido oscilaciones, unas veces en dirección de la región tropical y otras en dirección de la semi-tropical, dentro de un anillo que en lo pasado iba desde el Mediterráneo hasta el norte de la India, y dentro del cual quedan comprendidas las tierras bajas de Guatemala y Yucatán.

Huntington trata de apoyarse en el estudio de las ruinas de las obras de riego destruidas, de pretéritas civilizaciones, las que correlaciona con la gráfica de lluvias obtenida para California, merced a los registros de los anillos concéntricos de los árboles de la especie *sequoia washingtoniana*, que como es sabido poseen la peculiaridad de producir cada año un anillo, cuyo espesor varía de acuerdo con la humedad del año al que correspondan.

El autor compara las oscilaciones de su gráfica de lluvias con las culturales de la civilización maya, en forma ingeniosa; pero no convincente. La cronología que le sirvió de base, allá por 1915, es defectuosa, habiéndola cambiado posteriormente el propio Morley, en cuyo sistema se apoyó Huntington. Por otra parte, éste, para establecer las oscilaciones de la cultura maya se basa en datos como la mayor o menor cantidad de estelas, que aun cuando en conjunto proporcionan

una idea de la importancia de la civilización, no constituyen elementos para diagnosticar con seguridad la duración de etapas de decadencia o de progreso.

Es también muy dudosa la correspondencia climática, directa o inversa, entre California y el trópico mexicano y además, siendo tan distintos los climas del centro y el sur de México, del altiplano y de la costa, no es probable que sea un cambio climático el responsable de la extinción de la cultura clásica.

El mismo creador de la teoría suaviza sus conclusiones, explicando que el clima, más que operar como factor determinante, actúa condicionando la cultura y que por tanto, aun en el supuesto de que el clima hubiese influido en la destrucción de la civilización maya, deben existir otros factores asociados, lo que nos regresa al punto de partida.

Agotamiento de la tierra.—Esta teoría es una de las preferidas de la mayoría de los autores, aun cuando generalmente los mismos la circunscriben al área maya. Quienes la postulan, piensan que los mayas se vieron obligados a abandonar sus tierras porque se acabó su fertilidad, o bien porque no pudieron cultivarlas después de que crecieron en ellas los pastos perennes.

La tesis fue expuesta originalmente por O. F. Cook (Huntington, 1917), del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, quien indica que en los lugares tropicales, la agricultura se ve obstaculizada por el desarrollo de los pastos, que crecen después de que se ha limpiado la selva y que no pueden extirparse con el instrumental lítico. El problema se resuelve dejando ocioso el terreno, para que la selva vuelva a invadirlo y como el proceso de esa recuperación toma largo tiempo, Cook piensa que llegó un momento, entre los mayas, en que los pastos invadieron la tierra a tal punto que fue imposible la continuación de los cultivos.

Morley, que concede el respaldo de su autoridad a la teoría, hace notar que en el Petén existen grandes sabanas que demuestran la invasión de los pastos. Sin embargo, Morley parece que más bien se inclina por una pérdida de la fertilidad de la tierra.

Huntington hace una certera crítica, expresando que las ciudades mayas están colocadas en plena selva, en sitios que no son precisamente las sabanas y observa que donde la selva es más densa crecen menos los pastos. También afirma —nos parece que con razón— que las dificultades para la agricultura a las que nos hemos referido, pueden evitar que se desarrolle una gran civilización, mas difícilmente son capaces de extinguirla una vez que ha alcanzado un elevado nivel. En efecto, si la civilización no está afectada por otros factores de descomposición, no es creíble que no encuentre manera de vencer el obstáculo de los pastos, que a lo sumo provocaría su desplazamiento, sin interrupción de la cultura.

Esta teoría tampoco resuelve la objeción que hemos venido formulando en el sentido de que cualquier hipótesis para ser viable debe tener características de generalidad que le permita ser válida en el sur y en el centro de México. Resultaría una extraordinaria coincidencia la de que la tierra se hubiese agotado simultáneamente en la floresta y en la altiplanicie y si esa fuese la verdad, no podría explicarse cómo siguieron habitando esos lugares, después de que cesaron las

manifestaciones de alta cultura, a menos que se pretenda que se trata de la paupérrima existencia de reducidos grupos. Tampoco se explicaría el posterior florecimiento de nuevas culturas en el Centro de México, que demuestran que no se habían agotado las posibilidades económicas del ambiente y que a lo más hubiera bastado con un simple desplazamiento de la cultura teotihuacana, fácil de llevar a cabo. A este propósito, sería interesante explorar la prolongación en Azcapotzalco de la vida teotihuacana.

Por la suma de razones expresadas y principalmente por la tantas veces mencionada, en el sentido de que el agotamiento de la tierra no pudo haber afectado al mismo tiempo a culturas de ambientes tan distintos como la maya y teotihuacana, consideramos que también debe descartarse esa hipótesis.

Terremotos, erupciones, etc.—La observación anteriormente formulada elimina igualmente la posibilidad de que el fenómeno pueda atribuirse a temblores de tierra, erupciones, u otras causas semejantes, ya que este tipo de fenómenos, fuera de las épocas de revoluciones geológicas, se circunscriben a regiones determinadas.

Además, se ha hecho notar que los mayas eludieron la zona telúrica, no construyendo más al sur de Copán ni más al este de Quiriguá (Gann y Thompson, 1931). Por último, no hay huellas arqueológicas de una catástrofe de esa naturaleza.

Razones de orden religioso o supersticioso.—Thomas Gann y Eric Thompson (1931), a quienes hemos venido siguiendo en esta exposición de las distintas teorías, discuten la posibilidad de que la fe de los mayas en sus sacerdotes se hubiere debilitado, como consecuencia del fracaso de éstos para conseguir mayores alimentos y que la teocracia hubiese acordado un éxodo para retener su influencia. Sin embargo, en tal caso el factor determinante del abandono sería la falta de alimentos más que una razón religiosa.

En relación con Teotihuacán, también se ha querido ligar la motivación religiosa, con factores económicos y climáticos. Según recordamos, el Dr. Ignacio Bernal, en su cátedra de Arqueología de Mesoamérica I, ha sugerido la posibilidad de que la exacerbación del culto a Tláloc refleje una progresiva desecación, como consecuencia de la inmoderada tala que debieron haber realizado los teotihuacanos. La idea no es improbable, pero seguirá siendo una conjetura hasta que no se encuentren evidencias y, de cualquier manera, en el fondo la razón sería de orden material, económica y sólo religiosa de una manera derivada.

Otras ocasiones, hemos escuchado que llegó un momento en que los sacerdotes-astrónomos, de Copán y de Palenque, entraron en desacuerdo sobre la exacta duración de las lunaciones, sobreviviendo una verdadera rivalidad que culminó con el triunfo de Copán y con la extinción de la cultura palencana. Esta especulación y otras de la misma naturaleza, nos parecen insostenibles desde el punto de vista de la evolución social. En la apariencia se podrán encontrar ese tipo de motivaciones, mas profundizando un poco la Historia es posible establecer la causa eficiente. El historiador no puede aceptar las razones superficiales

y tampoco el arqueólogo. Serán pocos los que basándose en la autoridad de Homero pretendan sostener que la causa de la guerra de Troya fue el rapto de Helena y no la rivalidad económica entre aqueos y troyanos.

La arqueología necesita sistematizarse, orientando sus investigaciones de acuerdo con la lógica de la Historia, de manera que no escuchemos razones tan peregrinas como las anteriores. Con razón, Clyde Kluckhohn (1940) dice: "la mayor parte de los estudiantes de Mesoamérica, ignoran las categorías metodología y teoría, casi enteramente a juzgar por sus escritos. . . Tomemos por ejemplo el problema del fin del gran período y la posible evacuación de las ciudades del Petén y del Usumacinta. Las numerosas referencias de los autores de este grupo (Carnegie) indican un deseo de explicar estos fenómenos en su singularidad histórica más que un deseo de extractar de los acontecimientos cualquier cosa que lleve a las regularidades recurrentes de la conducta humana.

Por su parte R. Mac Iver (1949) manifiesta que el principal obstáculo para el progreso de las ciencias sociales es su incapacidad para captar la esencia de la causación, poniendo a la Antropología como el mejor ejemplo de ello, pues hace notar que esta disciplina ha propendido a los estudios monográficos, que si bien suministran un material valioso de investigación, adolecen de falta de sistema, sosteniendo que la Antropología no llegará a ser un conjunto de conocimientos articulados, a menos que pueda establecer específicas relaciones causales.

Conviene tomar nota de esas observaciones y procurar encontrar explicaciones para los problemas de la Arqueología, entre ellos el que nos ocupa, de acuerdo con las generalidades de la Historia, sin temor a la abstracción, aun cuando sin perder de vista los hechos concretos, pues entonces se caería en el otro extremo.

Guerras.—Gann y Thompson, al referirse a esta hipótesis, indican que los mayas eran pacíficos, a juzgar por las escenas de las estelas y de sus murales y que los únicos enemigos que pudieron haberlos atacado, los nahuas, entraron en América Central a lo largo del Pacífico, sin tomar contacto con los mayas.

Cuando esos autores escribían, únicamente se conocían dos representaciones mayas, de índole guerrera, procedentes de Piedras Negras. Las pinturas de Bonampak recientemente descubiertas, son manifiestamente guerreras, desmintiendo la pretendida naturaleza pacífica de los mayas. No obstante, por sí solas no permiten apoyar una conclusión general en el sentido de que la guerra fue el factor fundamental en la crisis de la civilización clásica.

Por otra parte, es difícil que tanto los mayas como los zapotecas y teotihuanos se hubiesen visto obligados a abandonar simultáneamente sus ciudades, en una serie de guerras contra supuestos enemigos, pues aun en el caso de una hipotética embestida que hubiera abarcado a toda Mesoamérica, de ignorados invasores, la experiencia nos demuestra que los centros civilizados no son abandonados, sino continúan viviendo, sometidos al conquistador.

Guerra civil. Sublevaciones y revoluciones.—Los autores que hemos venido siguiendo, manifiestan que no debe descartarse la posibilidad de guerras internas entre las ciudades del Viejo Imperio, siendo muy ilustrativa la historia

del Nuevo Imperio. Durante la guerra civil entre los antiguos aliados de Mayapán, Uxmal y Chichén Itzá, ocurrió el abandono total de esas ciudades, incluyendo el de la victoriosa Mayapán. Los Xiu salieron de Uxmal, estableciéndose en Maní, los Itzaes se fueron de Chichén a Tayazal y los Cocomes fundaron Sotuta, después de retirarse de Mayapán.

Este ejemplo, del abandono de tres grandes centros de población, en pleno desarrollo, hace pensar que algo semejante pudo haber ocurrido en el Viejo Imperio, aunque la razón de esta extraña conducta no aparezca clara. Las excavaciones de Mayapán contribuirán a iluminar el asunto.

Por lo demás, esta última hipótesis en realidad es una variante de la que empieza a ganar a los arqueólogos, y por la que también nos inclinamos:

Ya hemos hablado de la hipertrofia de la superestructura religiosa y la gran carga económica que para la población productiva representaba la teocracia, con todo su aparato de lujo. También hemos señalado que los señores mayas habían alcanzando un alto grado de refinamiento, lo que habla de una sociedad con agudos contrastes, ya muy apartada de las normas de igualdad social.

* No es, por tanto, aventurado suponer que llegó un momento en que la gran mayoría no pudo seguir soportando ese estado de cosas, ocurriendo una revolución que dio al traste con los sacerdotes-señores. Y si aceptamos que la civilización se levantó de un mismo horizonte arcaico, floreciendo simultáneamente en distintos lugares, resultaría que la situación social sería semejante en todos los sitios de la cultura clásica, en el Petén, en el Usumacinta, en Monte Albán y en Teotihuacán. Esto explicaría, con mayores visos de probabilidad, la decadencia simultánea o sincronizada, de todos esos centros.

Una explicación de esa naturaleza está de acuerdo con la experiencia histórica. Acudiendo a los registros contemporáneos, debemos recordar con qué rapidez se propagaron las ideas de la revolución burguesa, a los diferentes países europeos y americanos, con una estructura social semejante, llegándose a resultados básicamente iguales, o sea a la creación del Estado de Derecho. El mismo fenómeno se observa en el momento en que se constituyen las nacionalidades en la Europa moderna.

Tal hipótesis también permite explicar la cesación de la actividad de los grandes centros culturales, no obstante que subsistiera la base de la población agraria, como parece que sucedió en el área maya.

Si los grandes centros eran solamente ceremoniales o lugares donde se concentraba la élite gobernante, a los cuales no tenía acceso el pueblo, resulta claro que al ser destruida la capa dominante, quedaran deshabitados sus templos y palacios, subsistiendo la población campesina con tradicionales modos de vida, que no reflejaban el elevado patrón cultural de la minoría.

Y por otra parte, los artesanos que habían venido satisfaciendo las necesidades suntuarias y utilitarias de la aristocracia, pudieron haber conservado la tradición de ciertos elementos culturales, aun cuando no fueran precisamente los conocimientos superiores, astronómicos y de la Cuenta Larga; lo que nos explicaría la supervivencia de las bases fundamentales de la cultura clásica, hasta la Conquista.

Las noticias históricas apoyan las anteriores ideas, pues de entre la confusión de datos de los cronistas y relaciones anónimas, parece desprenderse que el despo-
blamiento de ciudades en el Nuevo Imperio y en la época tolteca, obedecía a disen-
siones y sublevaciones, en ambientes que tenían las características de opresión a
las que ya nos hemos referido.

Fray Diego de Landa (1938), nos transmite la tradición de que en Mayapán sólo había templos y casas para el gran sacerdote y para los señores, viviendo la servidumbre en otras casas, fuera de la cerca, sometida a la dirección de los ma-
yordomos y que la gente de los pueblos acudía a los centros, cuando venía a
negocios. Los mayordomos tenían cuenta de los pueblos y de quienes los regían
y enviaban aviso a ellos de lo que el señor necesitaba: aves, maíz, miel, sal, pesca,
caza, ropas, etc.

"Los señores proveían (a los pueblos) de gobernantes y si les eran adeptos confirmaban en sus hijos los oficios y les encomendaban el buen tratamiento de la
gente menuda y la paz del pueblo y el ocuparse en trabajar para que se sustentasen
ellos y los señores".

El mismo Landa refiere que un gobernante de la casa de Cocom, se alió con
los mexicanos y comenzó a tiranizar y a hacer esclavos a la gente menuda y que
por esto se juntaron los señores, en el bando de Tutu Xiu que era gran republicano
y mataron a todos los Cocom, menos uno.

Los Anales Toltecas (1949) y otras fuentes permiten conjeturar que el aban-
dono de Tula fue una consecuencia de las sublevaciones del elemento nonoalca,
que debe haber sido la población oprimida, ya que no es aceptable que en Tula
hubiesen vivido libremente diversos pueblos, conservando cada uno su autonomía.
Los Anales refieren los caprichos del último jefe tolteca, Huémac, lo que demuestra
la existencia de una tiranía, que de acuerdo con la estructura social de la sociedad
indígena, debe haber sido compartida por una minoría de señores, en agravio de
la masa del pueblo.

Si esto fue lo que ocurrió en tiempos históricos o proto-históricos, lo más
probable es que el mismo fenómeno se haya presentado en el Gran Período Maya,
en Teotihuacán y en Oaxaca. El abandono de Tula no es menos misterioso que
el de las ciudades de aquellas civilizaciones. La teoría de una conmoción social,
de una verdadera revolución que acabó con el poder de la teocracia, es, por con-
secuencia, la que se ajusta más a la experiencia y filosofía de la Historia y a los
hechos concretos del desarrollo y crisis de la civilización Mesoamericana.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMILLAS, PEDRO: 1944.—"Exploraciones Recientes en Teotihuacán", Méx." Cuadernos Amer. Año III No. 4.
- : 1950.—"Pre-History and Pre-Columbian History".
- : 1951.—"Etnología, Formación Socio-Económica y Religión en Mesoamérica". Congreso Internacional de Americanistas, Selected Papers.
- : 1952.—Apuntes del Curso: "Arqueología de México y Mesoamérica II". Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- ANALES TOLTECAS: 1949.—Colección Amatlacuilotl.
Vargas Rea. Méx.
- ACOSTA, JORGE R. Y JOSEFINA LOMELÍ Q., 1939.—"Catálogo de los objetos encontrados en Monte Albán, Oax.". XXVII Congreso Internacional de Americanistas, Méx.
- ANDERSON, EDGARD: 1943.—"Races of Zca Mays a General Survey of the Problem". Acta Americana. Vol. I. No. 1.
- BERNAL, IGNACIO: 1946.—"La Cerámica Preclásica de Monte Albán". Méx.
- : 1950.—"Compendio de Arte Mesoamericano". Ediciones Mexicanas.
- CASO, ALFONSO: 1947.—"Calendario y Escritura de las Antiguas Culturas de Monte Albán". Méx.
- : 1939.—"Resumen del Informe de las Exploraciones en Oaxaca durante la 7a. y 8a. temporadas". XXVII Congreso Internacional de Americanistas.
- DU SOLIER, WILFRIDO: 1939.—"Principales Conclusiones obtenidas del Estudio de la Cerámica Arqueológica del Tajín". Actas de la 1a. Sesión del XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Tomo II.
- GANN, THOMAS Y THOMPSON, ERIC: 1931.—"The History of the Maya from the Earliest times to de Present Day". C. Scribner's son. New York.
- HUNTINGTON, ELLSWORTH: 1917.—"Maya Civilization and Climatic Changes". Proceedings of the XIXth. Congress of Americanists. Washington.
- : 1945.—"Civilization y Clima".
- HYATT, VERRIL A., 1943.—"Old Civilizations of the New World". New York.
- KIDDER A. D. 1939.—"Chronological Aspects of Recent Archaeological Finds in Guatemala". XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Méx.
- : 1946.—"Introducción at Excavations at Kaminaljuyú, Guatemala". Pub. 561. Carnegie Institution of Wash. D. C.
- : 1940.—"Archaeological Problems of the Highland Maya". The Maya and their Neighbors.
- KIRCHHOFF, PAUL: 1943.—"Mesoamérica; sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". Acta Americana Vol. I.
- KLUCKHOHN, CLYDE: 1940.—"The Conceptual Structure in Middle American Studies", en "The Maya and their Neighbors". N. Y.

- LARCO HOYLE, RAFAEL: 1944.—"La Escritura Peruana Pre-incaica".
México Antiguo. Tomo VI, Nos. 7-8.
- : 1945.—"Los Mochica".
Sociedad Geográfica Americana.
Buenos Aires.
- LANDA, FRAY DIEGO DE: 1938.—"Relación de las Cosas de la Nueva España".
Robredo, Méx.
- LEHMAN, WALTER: 1936-39.—"La Antigüedad histórica de las Culturas Gran Mexicanas y el Problema de su contacto con las Culturas Gran Peruanas".
México Antiguo. Tomo IV.
- LINNE, SIGVALD: 1942.—"Mexican Highland Cultures".
The Ethnographical Museum of Sweden Stockholm.
- LINTON, RALPH: 1940.—"Crops, Soils, and Culture in América", en "The Maya and their Neighbors".
D. Appleton Century Company Inc. N. Y.
- MAC IVER, R. M. 1949.—"Causación Social".
Fondo de Cultura Económica.
Méx.
- MORLEY, SILVANUS G. 1917.—"The Rise and Fall of the Maya Civilizations in the Light of the Monuments and the Native Chronicles".
Proceedings of the XIXth.
International Congress of Americanists. Washington.
- NUTTALL, ZELIA: 1921.—"Las Correcciones Periódicas del Antiguo Calendario Mexicano".
Anales del Museo Nal.
2a. época. Tomo II.
- SPINDEN, H. J. 1915.—"The Origen and Distribution of Agriculture in America".
International Congress of Americanists. Proceedings.
Washington.
- : 1924.—"The Reduction of Maya Dates".
Papers Peabody Museum of Amer. Archaeology and Ethnology. Harvard Univ.
Vol. 6. No. 4. Cambridge, Mass.
- : 1930.—"The Population of Ancient America".
Peabody Museum. Harvard University.
Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution 1929.
- : 1943.—"Ancient Civilizations of Mexico and Central America".
New York.
- : 1943.—"Notes on the Archeology of Salvador".
American Anthropologist.
Vol. 17. No. 3.
- THOMPSON, ERIC. 1936.—"La Civilización de los Mayas".
México.
- : 1940.—"Archaeological Problems of the Lowland Maya", en "The Maya and their Neighbors".

